

ESCUELA DE PADRES: *Afectividad*

II. TEMPERAMENTO Y CARÁCTER

Desde tiempos griegos, se ha barajado la influencia de la genética y el ambiente en la consolidación de la personalidad. Para *Aristóteles*, el hombre sabio debía gozar de una buena “primera naturaleza” (aquello con lo que se nace, lo que hoy llamaríamos herencia o genética) y luego trabajar para desarrollar una buena “segunda naturaleza” (ambiente y costumbres) y así convertirse por hábito, en un filósofo, es decir, en un hombre sabio y virtuoso.

Las escuelas de psicología y sociología han debatido intensamente la importancia de los “genes” frente a la “sociedad” en el proceso de convertirnos en personas y explicar el comportamiento humano.

Posiciones internalistas (genes)

La conducta se entiende básicamente determinada por aspectos propios del individuo, genéticamente determinadas. Lo que llamaremos “**temperamento**”, sería la “psique” condicionada por lo que heredamos de nuestros padres.

Kellogs y Kellogs, criaron a la vez y en condiciones idénticas (misma habitación, cunas, ropas, pañales, muestras de afecto, comida, etc.) a su hijo *Donald* (homo sapiens) y a *Gua*, un chimpancé. Durante todo el primer año de vida el chimpancé dio muestras de predominio sobre el bebé humano en cuanto a aprendizajes psicomotrices y respuestas emocionales (andar, comer, vestirse, relacionarse, etc.). Pero con el inicio de lenguaje, se apreció un claro avance del niño, que ya no cesó de sobrepasar a *Gua* en todos los procesos madurativos. Por muy buen ambiente que tuviese *Gua*, su potencial genético le condicionaba las posibilidades. Esto ocurre en muchos otros aspectos: físico (*es igual que su padre*), talla (*es bajito como el tío Luis*) y por supuesto temperamento (nervioso, tranquilo, sonriente, etc.). Para algunos autores esto era inmutable.

Posiciones ambientalistas (ambientes)

Para estas escuelas, lo que el hombre “es” y “hace” está condicionado por el entorno social y cultural. Si gemelos monocigotos (es decir idénticos genéticamente) son criados en distintos países o con diferentes padres, no se parecen tanto en su comportamiento como cuando se crían juntos. La conducta se considera esencialmente aprendida. Dennis (1960) evaluó a niños internados en diferentes instituciones de acogida y aunque los niños no diferían mucho entre sí, sí lo hacían las condiciones de las casa-cuna. En una de ellas sólo 15% de los niños entre 3-4 años habían aprendido a caminar y en otra el 94% lo hacía a esta edad. La carencia de estímulos y afecto (no cogían a los niños, no había muestras de cariño, sólo los alimentaban y limpiaban, pasándose solos en sus cunas la mayor parte del tiempo), condicionó el ritmo madurativo de los niños de la primera casa-cuna descrita.

Posiciones interaccionistas (genes + ambiente)

Desde esta perspectiva (la más vigente hoy en día) la conducta se explica en parte por el temperamento (psique heredada) y en parte por las variables de la situación sociocultural (esto conformaría un

carácter). Como decía *Ortega y Gasset*: “yo soy yo y mi circunstancia”. La personalidad sería el carácter, pero con variables biológicas añadidas como color de piel, ojos, talla, forma corporal, etc.

Se conoce por diversos estudios que la genética condiciona el ambiente y el ambiente la genética, permitiendo o no expresar determinados genes. Así por ejemplo, determinados “oncogenes” (genes que desarrollan cáncer) pueden o no expresarse según las condiciones de vida (infecciones, tóxicos, polución, etc.) y determinados temperamentos condicionan el ambiente, como demuestran los estudios de “inteligencia emocional” (si sonrío primero es más fácil que obtenga una sonrisa del otro, pero si no le miro y gruño, es difícil que me devuelva una sonrisa). Así los padres no nos comportamos lo mismo con nuestros hijos y variamos según ellos sean (*“Alicia es tímida y hay que empujarla, a Luis en cambio hay que atarle corto porque no se corta un pelo”*). El funcionamiento psicológico supone una continua interacción entre la conducta y las variables personales y ambientales. Todas están relacionadas y son interdependientes.

En el primer supuesto (la herencia es determinante), si un niño “normal” manifestaba una conducta excesivamente violenta de forma recurrente, se le consideraba como una “personalidad agresiva”. Esto ha supuesto que durante algunas épocas se considerase que el “sujeto” era así y no podía cambiar, por lo que las posturas eran excesivamente deterministas. La posición ambientalista lo explicaría como resultado de aprendizaje social (modelos agresivos familiares), considerando a estos sujetos como “víctimas” de la sociedad en la que nacieron y fueron criados. Por último, los interaccionistas se basarían en variables biológicas (temperamento más irascible, mayor corpulencia, en ocasiones menos cociente intelectual) que interaccionarían con un mal aprendizaje de autocontrol, quizá reforzado por exposición a modelos sociales significativos violentos (familia, profesores, compañeros, etc.).

Aunque esto es muy interesante, en la práctica como padres nos interesa conocer dónde podemos actuar para que nuestros hijos desarrollen todo su potencial. Está claro que la genética tiene su papel, pero por ahora no se puede manipular ni elegir a la carta el temperamento de nuestros hijos. Tampoco conocemos del todo (ni posiblemente conozcamos nunca) su potencial (ni el nuestro). Por lo tanto, lo único que podemos hacer por ahora, aunque parezca increíble, no está centrado en los hijos sino en nosotros y en el ambiente de crianza. Tenemos que trabajarnos para ser “la mejor versión” de nosotros mismos y crear el mejor ambiente posible para, de esta forma, conseguir que nuestros hijos desarrollen todo su potencial. Para ello deberíamos:

1. Crear el ambiente más favorable para que nuestros hijos puedan desarrollarse según su mejor potencial.
2. Conocernos mejor nosotros como personas, para ver qué fortalezas y debilidades tenemos, de forma que nos las trabajemos para dar ejemplo. Está claro que si carecemos de [autoestima](#) será difícil que se la inculquemos a nuestro hijo. Tampoco podremos exigir que nuestros hijos nos respeten, si primero no les respetamos nosotros y si no controlamos nuestra agresividad no podremos exigir que nuestros hijos no se comporten violentamente o sean excesivamente asustadizos.

Cualquier pediatra interesado en estos temas y cualquier padre o madre que se haya preocupado por criar “suficientemente bien” a sus hijos (como diría *Winnicott*, un famoso psiquiatra infantil), sabe que no es fácil. Pero tampoco lo es encontrar situaciones afectivas parecidas, en las que los adultos tengamos tantas oportunidades para aprender a desarrollarnos, ayudando a desarrollarse a otro tan especial, que depende de nosotros y a quien se quiere tanto.

ESCUELA DE PADRES: Afectividad

Autores:

- Concepción Bonet Luna. Pediatra. Centro de Salud "Segre". Madrid
- Margherita Brusa. Pedagoga. Especialista en Bioética y Pediatría.

Fuente: Web de la Asociación Española de Pediatría de Atención Primaria. Febrero 2004